

Álvaro Mutis

William Ospina

Tal vez fue León Bloy quien afirmó que si vemos la Vía Láctea es porque ésta realmente existe en el alma. Desde sus comienzos, la poesía de Álvaro Mutis acumula plurales impresiones del mundo, nos sumerge en un estado de observación perpleja de esas realidades poderosas e incontrolables, y finalmente nos entrega la evidencia de que esas cosas sólo es posible verlas porque están en quien las ve. Así, el espacio contado termina siendo el retrato del hombre que lo cuenta, el observador es lo visto, y el hijo de esta América equinoccial, mirando la creciente que arrastra todos los desprendimientos de la montaña, todas las criaturas sorprendidas, los follajes arrancados, los troncos atropellados que resuenan contra las piedras, los esplendores de la destrucción y de la muerte, descubre que está hecho de esa misma substancia, descubre que él mismo es su tierra.

Este descubrimiento tal vez no es sorprendente en otros lugares del mundo. Si un francés descubre que su alma está hecha de álamos y de jardines versallescós, de suburbios parisinos o de hoteles imperiales junto a los faros y al mar, ello no comporta una extrañeza. Pero los poetas de la América ecuatorial sienten y viven en español, y hubo por siglos una distancia entre el mundo que cantan y la lengua en que cantan; todavía se requiere un esfuerzo para que ese mundo y esa lengua coincidan, y se diría que Mutis es uno de los primeros poetas en los que esa correspondencia es total.

Se dirá que antes de él nuestra literatura americana fue rica y nuestra poesía vivió mil aventuras de exploración y reconocimiento del mundo americano. Se dirá que existieron todos los poetas modernistas y todos los poetas telúricos posteriores a ese movimiento. Pero yo diría que si bien el modernismo de fines del siglo XIX y comienzos del XX fue el primer gran movimiento literario de nuestra América y conquistó la plenitud de la lengua y su madurez, no es menos cierto que su esfuerzo consistió más en hacer expresiva la lengua que en hacerla nombrar a América, labor que se dejaba, en un sentido narrativo y paisajista, a José Hernández y a sus poetas gauchescos. Gutiérrez Nájera y Silva, Rubén Darío y Lugones, son americanos altivos que hablan ya una lengua propia, pero todavía no se siente plenamente en ellos el mundo en que viven. Las noches de Silva vie-

nen del romanticismo. Su *selva negra y mística* es para él *la alcoba sombría*. Y eso puede serlo un bosque europeo pero difícilmente una selva americana. Darío, con maestría que nos subyuga, habla de los dos costados de su alma, el espiritual y sublime, y el sensitivo y carnal, con estos expresivos ejemplos que no se parecen a su mundo: «Como la galatea gongorina/ me encantó la marquesa verlainiana,/ y así juntaba a la pasión divina/ una sensual hiperestesia humana». Y también el rigor formal de Lugones delata su lealtad con un orbe muy establecido.

Expresar a América exigía innovaciones. Nájera nos trae una vivacidad inesperada, Silva nos trae la música de Poe y la suya propia, la de sus aprehensiones y sus agonías psicológicas, Darío nos trae las armonías de Verlaine y sus matices de ternura y de ironía, Lugones rima con audacia y ritma con ingenio, pero aún no sentimos el toque de la vastedad que América impone. Ese que está en Whitman, y que es como el soplo de las extensiones inmensas, un sentimiento de abismo y de vértigo, pero también de vitalidad y de abundancia. Algunos poetas posteriores, de la segunda oleada del modernismo, se asomaron a ese abismo, pero retrocedían. Se sienten su vecindad en los versos de Barba Jacob y en los de Gabriela Mistral, pero yo diría que sólo hacia los años cuarenta irrumpió ese tono whitmaniano que venía a dar cuenta, no sólo de los sentimientos y de las estéticas de unos seres humanos sino del asombro y de la enormidad de unos espacios desde los cuales la lengua había sabido hablar pero se demoraba en cantar.

Los años cuarenta fueron los de la obra central de Neruda y de Aurelio Arturo: dos americanos indudables y verdaderos fundadores en el lenguaje de una percepción del mundo. Pero Neruda y Arturo, que eran contemporáneos, y sólo semejantes en su amor por la naturaleza y por el continente, ya que el uno no cesa de hablar y el otro casi no se atreve a hacerlo, eran dos hombres maduros cuando escribieron, el uno el *Canto General* y el otro *Morada al Sur*, verdaderos poemas fundacionales de América. Es asombroso y grato comprobar que «La Creciente», uno de los primeros poemas de Mutis, surgió en ese mismo momento, y que su autor tenía apenas 22 años. Estaba descubriendo al mismo tiempo que los poetas mayores de la lengua el soplo poderoso de América.

Hay otro soplo potente que a Mutis le llegó temprano y es el llamado del mundo contemporáneo. Ya en *Los elementos del desastre* sentimos la vigorosa fusión de su mundo de densas vegetaciones, de minas perdidas en las montañas, de ríos limosos y opulentos, de cópulas frenéticas en los paisajes de tierra caliente, con ese otro mundo de cuartos de hoteles baratos en ciudades polvorientas, de patios verdosos, de trenes recorriendo las plantaciones entre climas ardientes y densos, de burdeles, de hangares abando-

